

Pulsión de muerte, sublimación y arte Más allá de la estética freudiana[⊗]

Florencia Cinquemani*

En 1920, después de muchas estimaciones e hipótesis sobre la sublimación, Freud sumido en la desesperanza –contemporánea al clima que se vivía en un ambiente de posguerra–, determina que él ya no puede creer que habite en el hombre ningún factor pulsionante que impulse o aspire a la perfección. Piensa que tal vez los logros culturales de algunos hombres excepcionales, se dan únicamente como consecuencia de la represión de las pulsiones. Agrega que en ciertos casos –la represión combinada con el afán de Eros por ligar lo orgánico siempre en la mayor medida posible–, podría darse como resultado lo que por años intentó teorizar como una pulsión de perfeccionamiento, pero que ahora determina inexistente.

En este contexto Freud empieza a vislumbrar, con cierta oscuridad y dificultad, un núcleo imposible de analizar o domesticar. Si bien desde los primeros escritos, en los que intenta cernir la sublimación, explicita claramente que hay un resto pulsional imposible de hacer pasar por ese destino; en el texto “Lo ominoso” de 1919 y luego en “Más allá del principio de placer” de 1920 empieza a percibir la dimensión de lo que verdaderamente implica una pulsión que se encuentra traccionando siempre hacia la muerte, es decir, hacia la satisfacción plena.

Podemos pensar, sin demasiada dificultad, que Freud tenía ciertas idealizaciones que no pudo dejar caer, como por ejemplo cuando expresa que le es difícil “...renunciar a la creencia de que en el ser humano habita una pulsión de perfeccionamiento que lo ha llevado hasta su actual nivel de rendimiento espiritual y de sublimación ética, y que, es lícito esperarlo, velará por la transformación del hombre en súper hombre”.¹ Asimismo, al repasar el escrito sobre Leonardo da Vinci,² se percibe fácilmente su fascinación por él. Adora explícitamente su estética renacentista y su búsqueda incesante por lo que en aquel momento se consideraba bello.

En el tiempo en que Freud se encontraba sumergido en la lógica de lo que hoy se nombra como la primera tópica; signada justamente por un espíritu idealista que asocia la sublimación a lo perfecto y enaltecido, tal como lo muestra sin pudor en su escrito sobre el mencionado artista; la idea de que el aparato psíquico tuviera como fin último el placer resultaba pertinente. Pero si bien Freud tuvo prejuicios, era un investigador incansable, mixtura que lo llevó a detenerse justo ante preguntas que hoy consideramos fundamentales.

Volviendo al texto de 1920 vemos como Freud deja caer, con mucha dificultad, la idea de que los procesos de la vida anímica se encuentran bajo el imperio del

[⊗] En la edición impresa de la revista *Enlaces* N° 25 continúa la Sección Artes Visuales donde encontrará los siguientes artículos: “Efímero destino” por Guy Briole, “Arte, psicoanálisis y una política del no-todo. A propósito del debate entre G. Wajcman y G. Didi-Huberman” por Eduardo Medici y Débora Mauas.

* Concurrente del Htal. Álvarez. Diplomada del ICdeBA. Asistente al Seminario *Enlaces*, a los Módulos Ficciones: literatura, y Políticas del espectáculo. Maestranda en Maestría en Psicoanálisis UBA. Investigadora en el IAE, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

principio del placer. En primera instancia determina que existe una fuerte tendencia al principio del placer, pero que ciertas fuerzas lo contrarían, por lo cual el resultado final no siempre puede ser placentero. Es sobre el final de un arduo recorrido teórico y de exhaustiva investigación que logra determinar algo que se vislumbraba desde el inicio del texto, a saber, el principio del placer se encuentra al servicio de las pulsiones de muerte, ya que busca reducir a cero el monto de excitación en el aparato anímico. De esta manera toda la teoría psicoanalítica queda subvertida. Entonces nos planteamos, si Freud eligió en reiteradas ocasiones aprender de los artistas para dar luz a cuestiones de la vida psíquica que eran enigmáticas para él, ¿podríamos arriesgarnos realizar una operación similar para interrogarnos sobre la pulsión de muerte?

Si bien hoy sabemos que la sublimación es uno de los destinos posibles de la pulsión, más allá del momento en que Freud dudó sobre esa posibilidad, consideramos que insiste al menos un enigma que intentamos formular del siguiente modo: ¿qué lazo existe entre sublimación y pulsión de muerte? ¿La sublimación puede ser un destino posible para la pulsión de muerte?

En este punto decidimos acudir en ayuda de dos artistas de vanguardia. Jean Jaques Level en *El happening* expresa contundentemente que la función del arte respecto de la sociedad es clara: “El artista es el que arranca los velos”.³ Y toma a Georges Bataille para sostener su tesis respecto de lo mencionado, ya que él afirma que la cultura acepta por cobardía un muro imaginario que limita su territorio. Hasta aquí podemos pensar en la idea de Freud, que proponía a la represión de los instintos como fuente de posibilidad de la cultura. Pero Bataille avanza un poco más, determinando una diferencia tajante entre la cultura y la función del arte. Expresa que justamente el artista realiza su práctica gracias a la prohibición que la cultura instaura, ya que a partir de esta puede sostenerse el lenguaje que tiene como eje la violación, para poder así arrancar los velos, que son para él, el fundamento de todo arte. Aquí tenemos nuevamente un cambio radical en la lógica que veníamos manejando. Sublimación, arte y cultura ya no forman parte de una misma lógica consecuente con la renuncia pulsional; sino que el arte brota de la cultura, pero como una práctica subversiva. Entonces pensamos, ¿podrían proponerse modos de sublimación en los que la pulsión de muerte tenga un lugar protagónico? o ¿tendríamos que pensar que ciertas expresiones artísticas de vanguardia quedan excluidas tajantemente del campo de la sublimación pulsional?

Creemos firmemente que en los textos de Freud resiste algo no descifrado aún, pero que tiene importancia en el tema que venimos trabajando. En 1923 establece que la sublimación puede ser una suerte de desexualización, en la que se cumple una trasposición de libido, es decir que se pasa de la libido objetal a la narcisista, para después trasponerse hacia otra meta diferente. Hasta aquí no hay nada demasiado novedoso, pero agrega algo ineludible, a saber, que esta mudanza libidinal puede tener como consecuencia una desmezcla pulsional.⁴ La desmezcla pulsional ocasiona la liberación, la separación de las pulsiones de vida de las de muerte, generalmente ambas se encuentran ligadas para sostener la vida. Entonces, si uno de los destinos posibles de la sublimación es la desmezcla pulsional, estaríamos ante una vertiente de la sublimación poco investigada, ya que “...tras la sublimación, el componente erótico ya no tiene más la fuerza para ligar toda la destrucción aliada con él, y esta se libera entonces como inclinación de agresión y destrucción”.⁵

Ante este destino pulsional, ¿podría pensarse que algunas expresiones artísticas de vanguardia, descarnadas, son modos de sublimación no dilucidados aún? Más allá de que se constituyan contradiciendo la idea de belleza como velo último ante la Cosa.⁶

Notas

¹ Freud, S., “Más allá del principio de placer” (1920), *Obras completas*, Vol. XVIII, Amorrortu, Bs. As., 1990, p. 41.

² Freud, S., “Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci” (1910), *Obras completas*, Vol. XI, *op. cit.*, pp. 53-127.

³ Lebel, J. J., *El happening*, Nueva Visión, Bs. As., 1966, p. 13.

⁴ Freud, S., “El yo y el ello” (1923), *Obras completas*, Vol. XIX, *op. cit.*, p. 32.

⁵ *Ibíd.*, p. 55.

⁶ Lacan, J., capítulo XVIII, “La función de lo bello”, *El Seminario, Libro 7, La ética del psicoanálisis*, Paidós, Bs. As., 1991, pp. 287-289.